Predicado en la Iglesia Luterana Confesional de Chile en la congregación en Quilpué

1ª lectura: Deut 4,1-2+6-8

2ª lectura: Ef 6,10-20

Evangelio: Mr 7,1-8+14-15+21-23

El verdadero lavamiento

No es lo que de fuera entra en el hombre que lo contamina, dice Jesús. Los fariseos estaban muy celosos con sus tradiciones de lavarse antes de comer y estaban muy estrictos con lo que comían, porque algunos animales se consideraban impuros. Ahora Jesús dice, que no es lo que entra por la boca, que nos hace impuros. Obviamente, podemos enfermarnos comiendo comida contaminada. Escuché en las noticias el otro día, que muchas longanizas están contaminadas con bacterias fecales, así que uno tiene que cuidarse en estas fiestas patrias a no enfermarse por lo que entra por la boca. Pero aunque nos enfermemos por la comida, ella no nos hace impuros en el sentido que habla Jesús. Porque él se refiere a la impureza y contaminación espiritual, la impureza interior, la inmundicia del corazón.

¿Por qué lavarse?

Los fariseos estaban muy ocupados en observar la ley ceremonial que habla de la purificación. En su esencia la ley ceremonial tenía el propósito de hacerle al pueblo judío recordarse de su pecado y reconocer su situación frente a Dios. Recordar, que Dios es puro, santo y limpio, y que el hombre no puede acercarse a Dios sin purificarse. Pero en su afán de observar la ley, los ancianos, los antepasados de los fariseos habían añadido más reglas y más prescripciones a los mandamientos de Dios. Los fariseos se habían desviado, porque a fin y al cabo observaban más una tradición humana que la voluntad de Dios y la intención de su Palabra.

Hipócritas

Por tanto, Jesús les reprende a los fariseos llamándolos hipócritas. Hipócrita significa actor, o sea, una persona que interpreta un papel actuando por ejemplo en el teatro. El actor no demuestra su verdadero yo haciendo un papel, sino prácticamente pretende a ser otra persona. Así también, los fariseos estaban actuando, haciendo el papel del piadoso y fervoroso creyente, aunque la verdad era otra. Estaban muy rígidos con la observación de la Palabra de Dios, exigiendo que otros hicieran lo mismo. Pero en realidad, no observaban la Palabra de Dios, sino las de hombres. Habían transformado la fe en Dios en cierto estilo de vida, que todos tenían que imitar para ser considerados buenos hijos del pueblo de Dios. Pretendían ser muy

piadosos, pero en realidad no eran así. Su vida religiosa y su piedad consistían solamente en ritos y obras exteriores y no en una transformación del corazón y del hombre interior.

Por eso les reprendía Jesús, porque esto muestra, que confiaban en que algo exterior, confiaban en que ellos mismo y sus ritos religiosos podrían asegurarles una vida en paz con Dios y al final la salvación. Se olvidaban de la causa del pecado, y confiaban en las obras exteriores, en vez de recordar, que las purificaciones y lavamientos tenían el propósito de hacerles reconocer su pecado en el corazón y confesarlo. Los lavamientos eran ritos, y ritos no son nada, si no cumplen un propósito más profundo que el rito mismo. En este caso el reconocimiento del pecado y del estado perdido del hombre delante de Dios. Pero los fariseos ya observaban los ritos por causa de los ritos. Su religiosidad era exterior y vacía.

Cumplían al pie de la letra las prescripciones y tradiciones del diezmo y de los sacrificios, pero se olvidaban del amor al prójimo. La cantidad de sacrificios y de la ofrenda solamente es la letra de la ley, lo exterior, pero apunta a algo más profundo, más importante que es el amor, la misericordia, la hospitalidad, el perdón, etc. Pero se olvidaron de lo más importante y se fijaron otras cosas, y en vez de ayudar y amar a los que no podía cumplir al pie de la letra las tradiciones de los ancianos, los juzgaron fuertemente considerándolos inferiores e impuros.

Un peligro para nosotros

También nosotros estamos en peligro de caer en esto. Fácilmente nuestra religiosidad se vuelve algo exterior. En otras iglesias hay mucha aleluya, mucho amén, mucha alabanza fervorosa, y a veces uno sospecha que sea una religiosidad muy exterior. ¿Pero qué tal nosotros mismos? Quizás transformemos la vida cristiana en un estilo de vida luterano, juzgando y condenando a los que no viven como nosotros.

Si ponemos nuestra confianza en lo que hacemos, y si pensamos que somos buenos cristianos por el simple hecho de asistir a los cultos, ofrendar, cocinar para la reunión comunitaria, traer a otros a la iglesia, tener un trabajo en la obra de Dios, etc. nos hemos aferrado a algo exterior, y nos hemos olvidado de la esencia de la verdadera religiosidad. Es fácil pensar que podemos vivir una vida doble, como hicieron los fariseos. Fácilmente caemos en la tentación de pretender ser fervorosos cristianos, cuando estamos con otros, cantando himnos y alabanzas con mucha cordialidad y fuerza, cuando en realidad no amamos al prójimo, no tratamos bien a los

hijos ni la esposa. El hipócrita es justamente el que alaba a Dios con los labios, pero su corazón está lejos de Dios, lejos de amar a Dios, lejos de obedecer su Palabra.

El pecado en el corazón

Jesús nos hace entender que no es la impureza exterior, que es el problema. El problema del hombre no es la observación de tradiciones, ni la falta de éxito en este vida. El problema mayor del hombre es lo que está en su corazón, el pecado. El pecado, los malos deseos, la falta de amor a Dios y al prójimo es justamente lo que nos hace impuros delante de Dios. Y si la raíz del problema está dentro de nosotros, no podemos echarle la culpa a otros ni a circunstancias exteriores. Al recalcar que el pecado sale del corazón del hombre, Jesús quiere hacernos entender, que nosotros mismos somos responsables del pecado y sus consecuencias. No podemos lavarnos las manos y decir, que no fue culpa nuestra. O sea, si hay mucho engaño en la sociedad, no podemos simplemente echarle la culpa a los líderes políticos, a la nueva generación, etc. No, los jóvenes aprenden a mentir y engañar, porque lo aprenden en casa. Tenemos que probarnos a nosotros mismo y reconocer que de adentro sale el pecado y que nosotros mismos somos responsables.

El verdadero lavamiento

Bueno, ¿y qué hacemos entonces al reconocer nuestra situación, al reconocer que sí somos responsables del pecado que sale de nuestro corazón? ¿Qué hacemos con el reconocimiento de que somos impuros delante de Dios justamente por el pecado que está en el corazón?

Necesitamos ser limpiados y purificados – pero no con una purificación netamente exterior, sino con el lavamiento de la regeneración y la renovación por el Espíritu Santo. Así habla Pablo en Tit 3,5 refiriéndose al bautismo. El bautismo es el verdadera lavamiento, porque Dios por medio de él nos lava y purifica de lo que es nuestro verdadero problema, el pecado. Por medio del bautismo recibimos la obra salvadora de Cristo y Dios nos atribuye todos los méritos de Cristo perdonándonos nuestros pecados.

El bautismo no extingue el pecado y las ganas de pecar de nuestro corazón, por eso tenemos que luchar toda la vida contra las malas tendencias y nuestra inclinación hacía el mal. También como creyentes, regenerados por el Bautismo, podemos caer en pecados graves. Y podemos seguir guardando rencor contra una persona, que una vez nos ofendió, podemos cerrar el corazón al prójimo y no querer ayudar y amar tal como Dios nos amó primero. Por eso tenemos que seguir viviendo en el perdón de Dios. El bautismo en sí es un acto único, no se repite, pero después del

bautismo Dios nos llama a vivir la vida del bautismo amando a Dios y a nuestro prójimo. Esta vida implica también una lucha contra el pecado, y el reconocimiento de nuestras caídas, errores y pecados. La vida del bautismo es una vida en la luz de Dios, esto es, una relación abierta y honesta con Dios. No una vida perfecta y sin pecado, pero una vida en constante comunión con Dios reconociendo el pecado, arrepintiéndonos y recibiendo el perdón de Cristo, que fluye a nosotros constantemente por causa de la fe y la comunión bautismal que tenemos con Dios. Juan dice en su primera carta, que él vive en la luz de Dios, tiene comunión con Él y la sangre de Cristo lo limpia de todo pecado. Este es el lavamiento y la purificación que necesitamos para limpiar nuestro corazón, el perdón por la sangre de Cristo que recibimos en la Palabra de Dios y en la Santa Cena.

Y el que está perdonado y purificado en la sangre de Cristo también puede llevar los frutos que corresponde a la vida del bautismo. Esto significa, que nosotros en vez de juzgar a los demás por sus faltas y caídas, en vez de juzgar los por su estilo de vida, los buscamos con el amor de Dios, para que ellos también pueden limpiar su corazón en el perdón de Cristo.

Gloria sea al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, que era, es y será el único verdadero Dios desde los siglos y por los siglos. AMEN